

CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

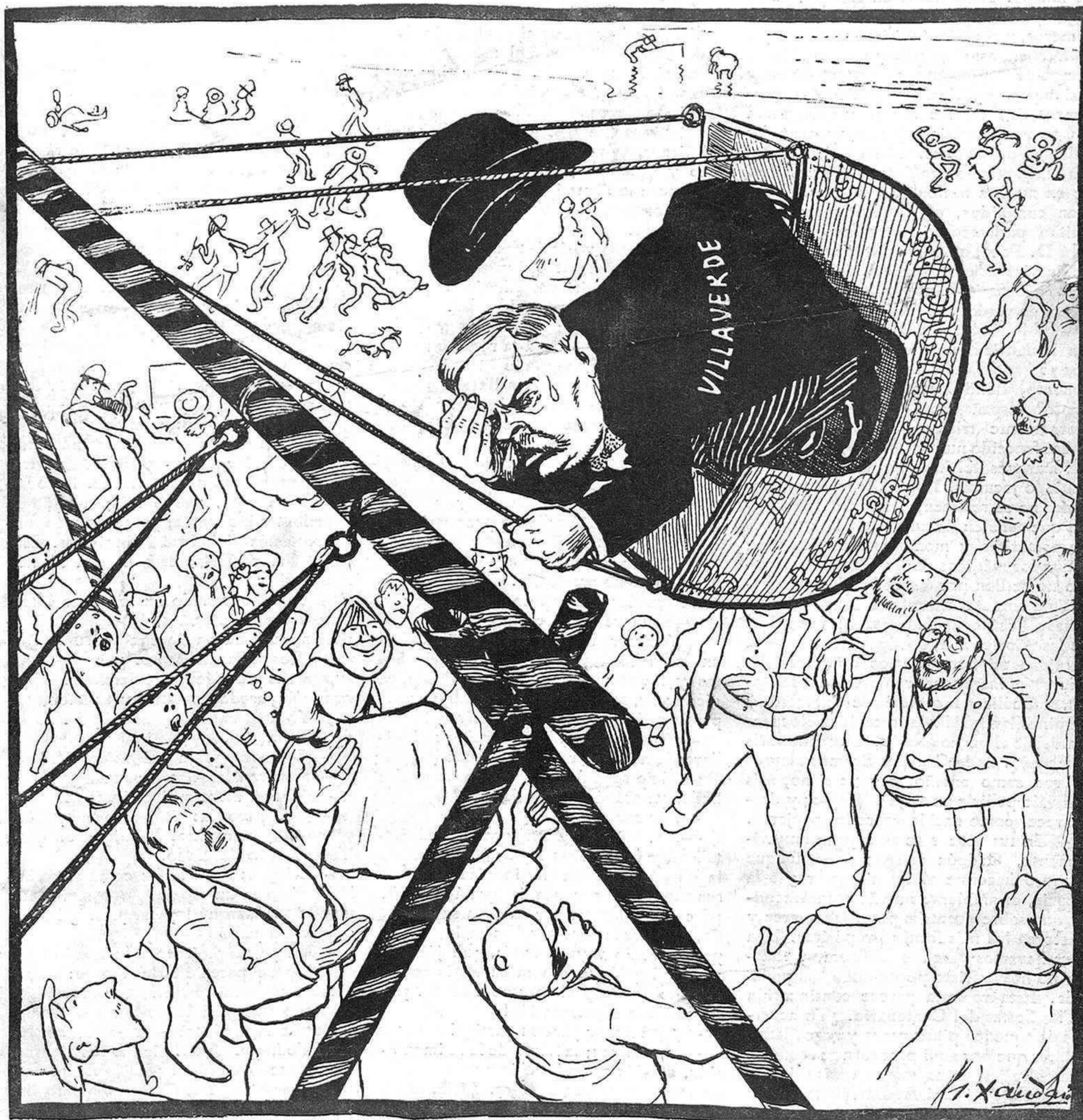
10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 56

AÑO XI

MADRID, JUEVES 18 DE MAYO DE 1905

NUM. 495



EL VÉRTIGO DE LAS ALTURAS Ó EL ETERNO ISIDRO

ISIDRO VILLAVEVERDE.—¡SOCORRO, QUE QUIERO BAJARME! ¡QUE ME MAREO!

LOS OTROS.—PERO, HOMBRE, ¿SE VA USTED A BAJAR SIN CAMBIAR LA PESETA?

JUEVES DE GEDEÓN



Qué poca animación hay en la Pradera, Calínez! No veo más que á los ministros.

—Sí, Gedeón, esta romería ha decaído mucho. Todo decae en España; ya no hay aquellas *tajadas* monumentales de los romeros, y aquellos jollines continuos que convertían este pelado y ameno sitio en campo de Agramante, como tampoco hay sesiones en las Cortes y escándalos parlamentarios de los que ponen de punta las mazas y ocasionan desmayos en las tribunas de señoras. El romerismo y el parlamentarismo agonizan al mismo tiempo en nuestra nación, y cuando sus días sean cumplidos, el único Romero y el último parlamentario que nos quedará será D. Paco, quien, muertos sus amores, dedicaráse á envolver en las hojas del *Diario de Sesiones* las verdaderas rosquillas de la verdadera tía Javiera.

—¡Ah, Calínez! tus fúnebres palabras me hielan la sangre en las venas. Si se nos acaban á la vez las romerías y el Parlamento, ¿dónde encontrar una ráfaga de júbilo? España será un país de seres eternamente tristes, y tan por completo habrá fenecido nuestra alegría, que la cara del marqués del Vadillo nos parecerá demasiado jocunda. Haga Dios que tus profecías no se realicen; quiera la Providencia que estallen de nuevo en este campo las pretéritas y monumentales *merluzas*, y que los médicos de las Casas de socorro no se den paz á coser pieles horadadas y á amputar miembros magullados, y ábrase pronto también esa otra pradera de las Cortes al regocijo parlamentario, y caigan ministros de los caballitos del Tío Vivo, increpense romeros de la mayoría, alce cólicos la oratoria de Villaverde y fulmine García Alix la traca de su elocuencia desde el banco azul hasta los sitios más reservados de la Cámara. Seamos alegres isidros como antaño, porque si no, más nos vale pedirle un traje á Weyler y desaparecer como nación entre los agujeros.

—En tus deseos te acompaño muy vivamente, Gedeón amigo; pero aunque procuro hacerme al buen humor y á la alegría, el ambiente huraño y melancólico que sobre nosotros pesa, me tuerce y trastorna los más firmes propósitos. Una hora llevamos ya en la Pradera, y todavía no hemos visto pegar una mala puñalada. Esta romería parece continuación de las fiestas del Centenario. ¿Te acuerdas de aquellos pintorescos y regocijados paletos que por aquí paseaban su asombro y sus alforjas? Pues hoy no verás más que ministros. Allí está Besada, junto á unos soldados que le miran, relamiéndose los carrillos. Más allá diviso á Ugarte preguntando por la barraca del hombre gordo, en la cual le ha citado el general Azcárraga para rezar un rosario por sus timadas presidencias, cuyo autor, natural-

mente, no fué habido, pero cobra. ¡Oh, sino de los Pídales! A Cobián no le busques, está fuera de Madrid, emulando las glorias del general López Domínguez, esto es, dedicado á la cría y mejora de los canarios. A Cortezo, tampoco; ha ido á Granada á preparar el centenario de la Alhambra, con lo cual el mágico palacio se caerá del todo. En cambio, allí tienes á García Alix, ese ministro paella, que lo mismo sirve para la Hacienda que para la Gobernación que para la Instrucción pública y, en realidad, es arroz con chorizo y alcachofas, un plato que llena y entorpece la digestión de los demás.

—Hombre, al paleta que no veo es á Villaverde.

—Tampoco verás á Villaurrutia.

—Cierto que no. Tal vez le encontremos en algún titirimundi haciendo juegos de agilidad con sus tres lenguas.

—No, Gedeón; Villaverde y Villaurrutia no han bajado á la romería; están ocupadísimos, preparando su viaje.

—¿Pero tantas maletas llevan?

—El equipaje está ya hecho: una docena de camisas, una docena de calzoncillos y una docena de...

—¿Elásticas?

—De las más elásticas.

—Entonces...

—Es que Villaverde no pronuncia.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes. Él sabe la lengua de los galos, pero no pronuncia. Villaurrutia pasa los grandes apuros para hacerle romper.

—¿Siempre le ha costado muchísimo!

—Y encerrados maestro y discípulo en un despacho de la Presidencia, están horas y horas muertas repitiendo: «Ai, se dice e; au, se dice o.» Pasa cualquier día por la calle de Alcalá y les oírás.

—¡Anda, anda! ¡Yo que creía que á Villaverde no se le resistía ninguna lengua! Pues si no sabe francés, ¿cómo no le han hecho ya académico en Francia?

—Por eso mismo.

—No, señor; que tampoco sabe el castellano y le hicieron aquí académico de la Española. Mucha lástima me da que á sus años ande con una lengua á vueltas. ¡Y con una lengua que no es la suya! En fin, él pasará ahora muchos malos ratos, pero cuando vaya á París, ¡oh júbilo!, ¿sabes tú quién le espera en París con la clámide puesta y el coturno calzado? ¡La Musa de la Alimentación!

—¿Qué honor para su barriga!

—Sí, Calínez; la Musa de la Alimentación, elegida entre las chicas más guapas de los mercados parisienses. Millé. Boucher, preciosa rubia de veinte años y vendedora de frutas. Sus delicadísimas manos, hábiles para el despacho de manzanas, ciruelas y peras, le entregarán un cariñoso mensaje de bienvenida á nombre de todas las hortalizas de la noble Francia.

Los nervios se me tuercen de gusto pensando que voy á presenciar tan encantador espectáculo. Villaverde avanzando su coquetona barriguita hacia la Musa de la Alimentación... ¡todo un poema!

—¡Y pensar que en cuanto regrese á Madrid y abra las Cortes se va á quedar sin Alimentación y sin Musa!

—Bien; pero y lo bailado ó lo alimentado en París, ¿quién se lo quita?

—¡Tienes razón, que le soplen ya esa Musa! Qué diablos de franceses, no se les acaba nunca el ingenio. Mira tú que imaginar para Villaverde una apoteosis de berenjenas y nabos, ¡es delicioso! Ya puede darse prisa D. Raimundo á pronunciar con Villaurrutia, no haga el diantre que cuando se le presente sonriente la rubia Musa de la Alimentación se quede él sin habla, como si estuviese en el Congreso.

—Eso sería de un efecto pésimo en los mercados de París.

—Casi de tan mal efecto como el que causa en ellos nuestra pobre peseta. ¡Ah, *mon Dieu*, que Mlle. Boucher no se deje sanear por D. Raimundo!

—Pierde cuidado: debe de ser una señorita robusta, de excelente salud y muchas carnes. No necesitará para nada el tratamiento médico de Villaverde. Pero vámonos de aquí, amigo mío; el ruido de los silbatos me marea; parece que los ministros están pitándose á sí mismos. Esto no es una romería, esto es una ovación ministerial.

—Vámonos cuando gustes; pero antes, ó no somos madrileños, ó hemos de comprar nuestra buena docena de rosquillas.

—¿Rosquillas del santo? ¿No sabes que su masa es procedente de derribos? ¿Vas á construir paredes maestras en tu estómago?

—Yo he dicho comprarlas, pero no he dicho comerlas.

—Entonces, ¿para qué las quieres?

—Para regalárselas á los mauristas.

—¿Tantas fuerzas digestivas poseen?

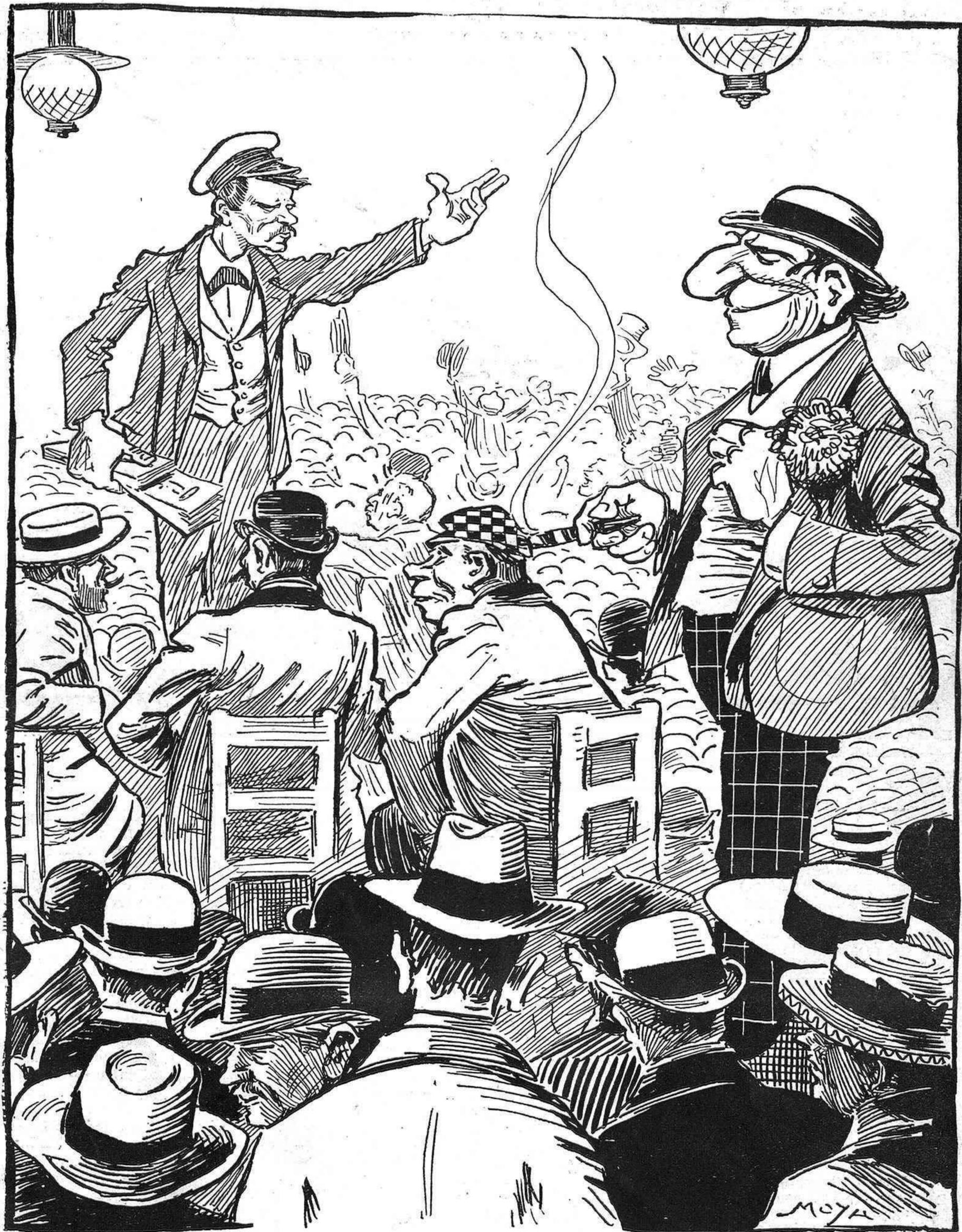
—No, pero las utilizarán muy bien cuando llegue el caso. Mira, por allí pasa Vadillo todo desolado.

—Llámale; lleva la faz como si se hubiese visto en un espejo. Algo terrible le sucede. «¡Marqués! ¡Marqués! ¿Qué le ocurre á usted?»

—Un presentimiento. He estado en la ermita y me pareció oírle al santo: «Concluiréis como mi romería, entre rosquillas y pitos.» Después vi á Maura comprando las de la verdadera tía Javiera. ¡Horror! Yo huyo. Bee... biendo los vientos.

—Hace usted bien. ¡Adiós!... ¡Cómo corre, caramba! Y en este momento llegan muchas mujeres guapas. ¿Hemos de irnos nosotros ahora?

—Sí, Calínez, que á eso ha quedado reducida la famosa romería. Llegan mujeres guapas y se van las cabras tristes. ¡Imitemos á Vadillo!



UN BUEN PARTIDO

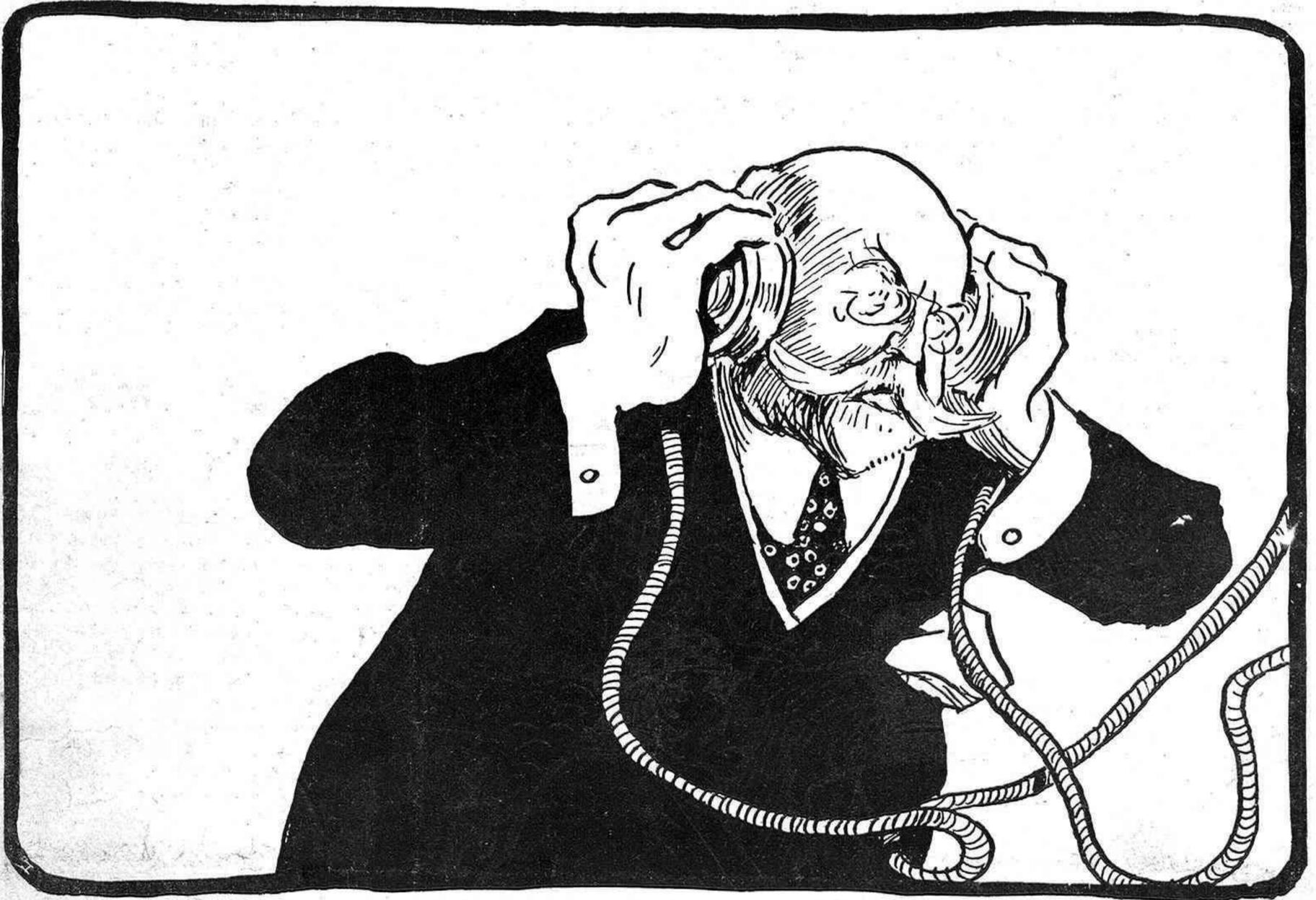
(EN EL FRONTÓN CENTRAL)

UN CORREDOR. — ¡LOS ENCARNADOS GANAN!

GEDEÓN. — ¡CLARO! ¡COMO QUE NO HAY AZULES!

PREGUNTA INTERESANTE

CARICATURA FUSILADA DEL FRANCÉS



EL MARQUÉS DEL MUNI, QUE POR FIN NOS SIRVE PARA ALGO PRÁCTICO.—DICE DELCASSÉ QUE PREGUNTE A V. E. SI LE GUSTAN
RELIQUIAS Ó MORENAS.



¡YA HAY CORTES!

Apurados los resortes del gobernar en secreto, Raimundo nos dió el decreto de la apertura de Cortes.

Si con frases incorrectas, con acusaciones duras, con embozadas censuras y con claras indirectas

se le hizo guerra á diario removiéndolo á la opinión y amenazándole con el coco parlamentario,

bien claramente contesta con el valor conveniente...

Contra la *perduta gente* ya dió cumplida respuesta.

¡Ya hay Cortes!... Que se preparen los combatientes osados; vayan los enmascarados porque los desenmascaren;

vayan cuantos le censuran, le discuten ó le increpan, y los que... (¡tal vez no quepan!) de su gobierno murmuran...

Vayan; que, á su historia fiel, apasionado, iracundo, allí estará don Raimundo «para quien quiera algo de él».

Cierto que en verano abrir las Cortes, parece tarde, porque la cosa está que arde, como se suele decir.

Mas si es la intención sincera

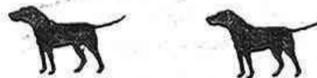
y el propósito no es vano, lo mismo da en el verano que en otra estación cualquiera.

Y hasta mejor me parece con altas temperaturas, porque entonces las frescuras se estiman y se agradecen...

¡Ya hay Cortes!... De su valor, de su importante papel, respondo... por boca del órgano conservador

que en ditirambos se pierde para cantar al Gobierno de este jefe subalterno, del enorme Villaverde.

¡Ya hay Cortes!.. ¡Oh, qué alegría! Su apertura placentera coincide con la primera verbena que Dios envía...



¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Decíamos ayer que la *Biblioteca Patria*, patrocinada por los señores marqueses de Comillas, conde de Canilleros y congéneres, había publicado varias obritas desagradables y tontitas como ellas solas, y abrigábamos, y seguimos abrigando, la risueña esperanza de que nadie

se gaste dos pesetas en ellas, cuando, por ejemplo, puede gastárselas en adquirir la interesante y astracánica narración titulada *Seis días fuera del mundo*, que nuestros simpáticos compinches Pérez Zúñiga y Xaudaró acaban de dar á luz, tras una gestación bastante feliz, y en la que pueden hallar ustedes grato solaz, disparatados incidentes y un poco de simbolismo, sin lo cual ahora no es posible despachar ningún libro. Sabido es que Zúñiga y Xaudaró son lo más formidable de nuestros intelectuales, y su libro *Seis días fuera del mundo*, en que dejan tamañito y pluscuamperfecto á Wells y realizan su viaje á la luna metidos en un armario de ídem, dará no poco que cavilar á la crítica. Tal vez Xaudaró y Zúñiga han echado con *Seis días fuera del mundo* las bases de un nuevo sistema filosófico... En fin, aquí de lo que se trata es de meterles á ustedes en curiosidad para que empleen sus dos pesetas en *Seis días fuera del mundo*, en vez de gastarlas tontamente en *La hija del usurero*, que ha publicado la *Biblioteca Patria* y es obra de D. Estanislao Maestre.

La obra debe de haberle gustado mucho al señor conde de Canilleros... y, ¡á propósito! ¡qué feliz casualidad!, resulta que ya sabemos quién es el señor conde, á quien nosotros creíamos que no

conocería nadie. El señor conde de Canilleros es un noble extremeño, uno de esos señores que tienen una gran carreta y un gran palacio en Cáceres ó en Badajoz (también es posible que tenga un landó de cinco luces, tirado por dos poderosas mulas, y su buen cochero con gorra de plato flamantísima y sombrero de copa los domingos y fiestas de guardar); uno de esos señores que presiden el Comité conservador ó la Junta católica de defensa contra la inmoralidad pública; uno de esos señores que levantan arcos con ramaje y letreros alegóricos con ocasión de las visitas regias, y á quienes halaga verse citados por los rotativos de Madrid, hacia los cuales fingen un gran desvío y hasta cierto desprecio.

No es que nosotros afirmemos como cosa segura que el señor conde de Canilleros es así; pero nosotros nos lo hemos figurado así, dejando volar á nuestra brillante fantasía. Claro está que á un señor de provincias, con un landó de cinco luces y algunas dehesas boyales ó de las otras, el libro de D. Estanislao Maestre le habrá parecido de perlas, porque hay en *La hija del usurero* una sosería, un patriarcalismo y unas consecuencias francamente mauristas que dan ganas de... vamos, no queremos decir de qué dan ganas.

Y ahora, al hablar del Sr. D. Estanislao Maestre, tenemos una vaga y leve noción de que ya hemos hablado de este señor a propósito de alguna otra obrita suya publicada no hace mucho. Y casi estamos por afirmar que también en aquella

obra aparecía retratado el Sr. Maestre, pero con barba corrida. Ahora se deja el bigote sólo, y, naturalmente, no ha querido que la posteridad ignorase este trascendental cambio de su fisonomía. ¡Miren ustedes, si Cervantes hubiese hecho lo mismo, qué contentos estaríamos ahora! Y ¡quién sabe si el Sr. Maestre será el Cervantes de 1905 y nos estaremos aquí hechos unos papamoscas sin admirarle y sin nada! Ese es el consuelo que debe quedarle, porque lo que es hoy por hoy, nuestra modestia no nos permite adelantarnos al juicio de la posteridad y proclamar genio, ni siquiera ingenio, á don Estanislao. Todo lo contrario. Por lo menos, tal como escribe hoy, su literatura es casi casi inadmisibile. Verdad es que los inadmisibles de hoy tal vez sean los genios de mañana, y ¡quién sabe! como decimos más arriba.

A semejanza del Sr. Amor Meilán, de quien hablábamos en números anteriores, el Sr. Maestre hace un consumo extraordinario de frases hechas.

Descripción al canto. Se trata de una moza:

«Limpia como los chorros del oro, cuando venía del río con la herrada llena de ropa en la cabeza, la falda recogida, luciendo pintoresco refajo, á más de uno se le iban los ojos tras de aquellas medias, tan blancas como la nieve que allá en la montaña irradiaba la llanura.»

«Estas cualidades no despreciables valían la pena de ser tomadas en consideración.»

Como ustedes ven, el Sr. Maestre no ha pasado muchas noches en vela para

procurarse un estilo: su novelita parece un trozo de información política de cualquier diario ministerial, en cuanto á la belleza de la forma.

Luego, la cosa pasa en Cintruénigo, y el Sr. Maestre afirma que Cintruénigo es una aldea de Galicia. No crea tal el Sr. Maestre: Cintruénigo es una importante villa del antiguo reino de Navarra, junto á la Rioja; y hablar de Cintruénigo en Galicia, viene á ser como decir: «En un pueblo de Cataluña llamado Jerez de la Frontera...»

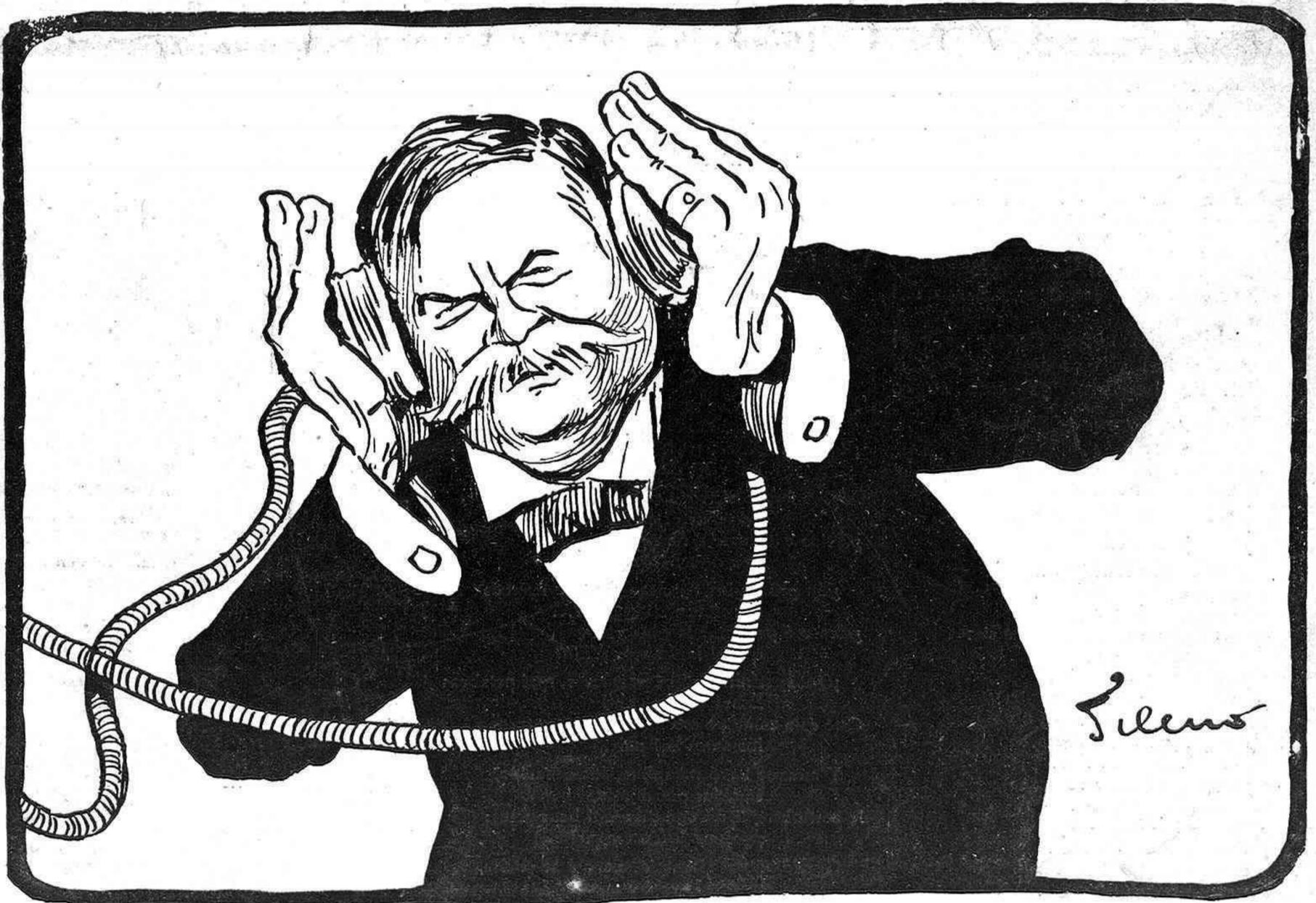
Conque, abur, Sr. Maestre: que usted siga tan conservador y aprenda un poquito de Geografía, y ¡hasta otra novelita en que aparezca usted con el bigote afeitado ó con patillas de boca e jacha!



Gedeón, moreno

Gedeón, ¡naturalmente!, no tuvo ni siquiera una modesta entrada de paraíso para la función del Real. Sin duda los repartidores de billetes, temerosos de la competencia, pensaron que se bastaban ellos mismos como gedeones. Y es verdad. Claro está que fueron completamente gedeónicos, pero con menos gracia que nosotros.

Así, pues, Gedeón ha tenido que contentarse con ver el homenaje escénico á Cervantes en el teatro Español, donde D. Fernando ha servido su Quijote por



VILLAYERDE.—MITAD Y MITAD.

raciones á todas las clases de la sociedad y de propina. De propina para él, naturalmente. Porque ya sabrán ustedes que la compañía del Español cobró un puñado de pesetas por rendir á Cervantes su correspondiente tributo de admiración.

No hemos de censurar por este cobro á los rumbosos empresarios, pues sabemos que para volver á Madrid tuvieron que dejar otros negocios productivos, y era justo (desde el punto de vista crematístico) que se les indemnizara. Pero sí censuraremos á la ya famosa Comisión de festejos por ese dispendio, que se hubieran ahorrado aceptando el ofrecimiento de otros actores que, *gratis et amore*, lo ofrecían. Lo mismo hubiéramos visto á Don Quijote encarnado en cualquier comediante, pues siendo imposible que ninguno nos convenza, D. Fernando no es el único, ni mucho menos, que se acerque al ideal.

En fin, sea de ello lo que quiera, como escribe el académico! Villaverde, Gedeón no quiere sentirse demasiado *moreno* y perdona á los intérpretes de los episodios quijotescos, en memoria de Cervantes. En gracia á la intención, perdona también á los zurcidosores de las escenas, alguno de los cuales se ha excedido *unas mijajas*. ¡Poner mano en el *Quijote*! ¡Ahí es nada! A Gedeón le tiemblan las carnes sólo de pensarlo, y declara humildemente que hubiera declinado, si se lo hicieran, tan audaz encargo... oficial.

¡Porque todo esto ha sido oficial, mis queridos amigos!...

¡Oh, dulce licor del favoritismo, sólo derramado hasta ahora en la copa de la Política y de la Administración!... ¿Por qué te sirven también en la sagrada mesa del Arte?... ¡Caramba, qué redondo me ha salido este parrafito!

Quien quiera saberlo que pregunte á nuestros concejales, críticos de teatros por generación espontánea, los cuales han declarado que el Sr. Mendoza es el número uno entre los actores, directores de escena, empresarios y propietarios de compañías. Y, en su consecuencia, le han otorgado el Español al mismo precio (según se dice) que las decoraciones del *Quijote*.

¡Qué contraste entre Cervantes y el primer actor del clásico coliseo! Aquél, era el... de Lepanto. ¡Y éste no es manco!



¡EN VIAJE!

VILLAURRUTIA

Con el alma satisfecha, seguro de su importancia, ve Villaurrutia la fecha en que ha de triunfar en Francia; y da escape á su alegría, sepultada tantos meses, pensando en que un bello día le admirarán los ingleses.

Llegó, por fin, el momento de utilizar sus servicios, y un poco inflado y contento dispone sus ejercicios.

Ya sus idiomas afila procurando no cortarse, y en vez de agua bebe tila para los nervios calmarse.

Y en sus estantes y armarios se dedica á la rebusca.

y hojea los *Diccionarios* y en los *Manuales* busca.

En su casa, todo el mes para prepararse así, á unos les contesta ¡yes! y á otros les responde ¡oui!

De manera tan sencilla, por el destino tirano, un ministro de Castilla se olvida del castellano...

Y así las horas se pasa; ¡qué prólogo tan cruel!... Su casa ya no es su casa, ¡que es la torre de Babel!

Por las victorias tardías de su importante carrera, Villaurrutia hace unos días que va con las lenguas fuera...

VILLAVERDE

—¡Voy á París!—suspira D. Raimundo.— Voy nada menos que á París de Francia, de la belleza incomparable estancia, del arte cetro, admiración del mundo.

Contemplaré cómo el amor jugando la dulce copa del placer escancia, y al m'rar abatida mi arrogancia será invent b'z mi dolor profundo.

Ya el guapo mozo transformóse en tio... ¡Corazón, corazón, ya estás muy frío! ¡Abdomen colosal, cuánto me pesas!

Hoy de fortuna en pos, hallo reveses... ¡Ya no me echo á reñir con los franceses! ¡Ya no puedo querer á las francesas!

CORTEZO

A escape, de prisa, huyendo de la billetera zambra, Cortezo se fué á la Alhambra, ¡que también se está cayendo!

Fué á proponer soluciones que salven el edificio; fué en comisión del servicio; ¡siempre ha de haber comisiones!

Pero aunque en nombre del Arte su ausencia explique, forzada, sabemos que fué á Granada por marcharse á alguna parte.

Que le pluga ó no le pluga, se dice que esa excursión fué huyendo del chaparrón; quiere decirse, una fuga.

Y al pensar en la vecina crisis que le hará marchar, allí pudo comparar á la Alhambra con su ruina.

Grande, terrible momento que brindo á cualquier pintor... ¡Porque el famoso doctor también es un monumento!

COBIAN

A las Canarias se marchó animoso: ¡qué le llevaba allá?...

¡Respetemos, señores, el misterio del viaje de Cobián!

¡Iba á estrechar los consabidos lazos con patriótica fe?

¡Quiso enterarse de las gratas cosas que dijo Maluquer?

¡En pos de los famosos puertos francos de eterna discusión?...

¡Acaso á preparar la carbonera que el inglés nos pidió?

¡Quién sabe!... ¡Qué promesas, qué palabras habrá soltado allí!

Que ésta es labor eterna á que se entregan los amos del país.

Y aunque llevó pamplina, los canarios, amables por demás, le han obsequiado con diez mil banquetes: ¡qué modo de tragar!

Gordo estaba al partir, pero á la vuelta, ¡quién le va á conocer?

¡Flotando por el mar, como una boya, volverá á la Península otra vez!

PARA SACAR PATENTE POLITICA

La vida política en España presenta desde hace muchos años, casi tantos como los que reunen Frontaura y Chaves, un singular aspecto.

Dos docenas de sujetos, siempre los mismos, ocupan el *Poder*, pierden el *Poder*, reconquistan el *Poder*. Cuando la primera docena de estos caballeros está en el Gobierno, son (según el concepto de los que forman en la oposición) *los despilfarradores de la Hacienda pública, los causantes de la ruina del país*. En tanto, ellos son los *verdaderos liberales, los amigos del pueblo, los salvadores de la Hacienda pública*.

Apenas caen los doce primeros, cuando los otros doce entran triunfantes, ostentando orgullosos el título de *despilfarradores de la Hacienda pública*, en tanto que los caídos se resignan, llenos de tristeza y tedio, á ser por algún tiempo los *verdaderos liberales, los salvadores del país*.

Ahora bien; como todos los ministros salieron de estas dos docenas de políticos, no hay ninguno de ellos que no haya sido, por lo tanto, cómplice en la ruina del país, que no haya sido dimitido ó haya tenido que dimitir por las acusaciones que sobre él hayan caído.

¡Cosa singular, cosas singulares las de este país!

Un sujeto será tanto más célebre, adquirirá tanta más importancia cuantas más veces haya sido ministro, esto es, cuantas más veces haya demostrado su incapacidad para administrar los intereses del país.

Así, por ejemplo, nuestro flamante don Raimundo fué por primera vez presidente del Consejo. Tuvo que presentar su dimisión, y no precisamente por los servicios que estaba prestando á su patria... Su caída fué, naturalmente, porque la Prensa, la opinión, todo el mundo consideraron inepto, fracasado al infeliz Villaverde. Y he ahí que nuestro formidable D. Raimundo salió de la Presidencia con más importancia que al entrar.

Por esto ha sido presidente segunda vez. Ha demostrado de nuevo su incapacidad. ¡Y su importancia ha aumentado!

Tales cosas nos hacen pensar que cuanto más pruebe su incapacidad cualquier español, tanto más apto se encontrará para gobernar á sus conciudadanos. ¡Principio que no falla, conociendo nuestras veteranas costumbres!

Así que, lógicamente, el jefe del Estado debe proceder de la manera siguiente en la apreciación de las personas destinadas á dirigir los destinos de la nación:

Al hijo de Juan Fernández *no le cabe el francés en la cabeza*, ó quien dice el francés, cualquier otra cosa, exceptuándose los versos de Grilo, y es claro, le suspenden en el examen.

El poder moderador ve ya en él, en el hijo de Juan Fernández, una legítima esperanza para la patria.

El hijo de Juan Fernández, continuando su *carrera*, sale otra vez suspenso.

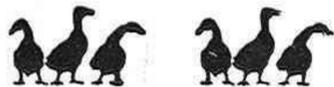
El hijo de Juan Fernández, dando otro gran paso en su *carrera*, sale reprobado en un examen de matemáticas, y el poder moderador sonrío gozoso viendo un

brillante y prestigioso hacendista en perspectiva.

El hijo de Juan Fernández, siempre avanzando, sale suspenso en Derecho. El poder moderador, no pudiendo contener su júbilo, lo hace ministro de Gracia y Justicia.

¡Y la opinión aplaude!

De modo, ¡oh mis queridos hijos de Juan Fernández! que el mundo es vuestro, y si alguno de vosotros se presentase al jefe del Estado con los siguientes documentos: *Inteligencia nula. Ineptitud manifiesta. Suspensos sucesivos en todos los cursos y en todas las asignaturas*, ¡oh, entonces, mis queridos Juanes, no lo dudéis! el jefe del Estado os abrazaría gozoso y os diría: *¡Tú Raimundus eris! ¡Tú serás ahora y por siempre presidente del Consejo de Ministros!*



... y armas al hombro

Han visto ustedes la Exposición de Zurbarán?

Yo no sé si voy a decir una gran tontería; pero, la verdad, no vemos gran relación (ni pequeña) entre Zurbarán y el Centenario del Quijote.

En fin, vayan ustedes, porque ya que no se vean los cuadros más importantes de Zurbarán, que están en Sevilla y en Guadalupe, y que gracias a lo patriotas que aquí *semos* todos, no han venido a la Exposición, por lo menos verán ustedes abundantes y succulentos isidros é isidras de provincias y del Extranjero.

Por cierto que a estos últimos les gusta mucho eso de Zurbarán: una fila de



frailes blancos de diferentes tamaños y cataduras.

A nosotros ya no nos gusta tanto.

Pero, en fin, así no se engaña a nadie.

Dentro de poco, toda España será Exposición de Zurbarán.

Una fila interminable de frailes... y no va más. Y entonces puede que nos gusten pintados; y entonces habrá otra Exposición de ellos.

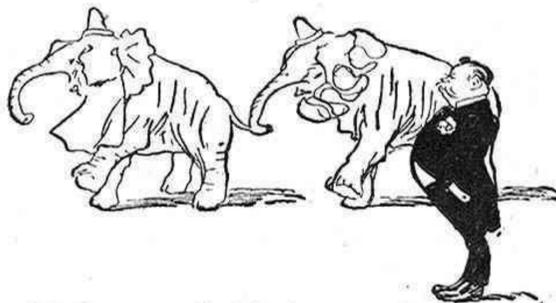
Pero con *e* minúscula.

Por lo demás, acabadas las tituladas fiestas del Centenario, nos hemos quedado tan tranquilos y tan frescos.

Olvidado ya el *Quijote*, volvemos a las diversiones clásicas de *endenantes*: a los golletazos disimulados de Quinito, Fuentes y el Bomba, a los sinceros y declarados de Lagartijo, y al intelectual y confortativo esparcimiento del Circo de Parish, donde las clases directoras muestran su ática delicadeza y la finura de sus sentimientos estéticos contemplando *los elefantes comediantes*.

Nuestro divertido presidente del Consejo de Ministros está entusiasmadísimo con los elefantes, y va a verlos todas las noches.

—¡Lo que hacen estos elefantes!— piensa y dice maravillado, estableciendo, sin querer, una comparación con lo que él mismo no hace.



Y Romero Robledo, que llegó tarde a las fiestas del Centenario, quiso el otro día ver, por lo menos, los elefantes, y al salir le dijo al presidente del Consejo:

—Oigazté, D. Raimundo, no se *escuide*, que el día *menos penzao*, un elefante de éstos sale y sana la peseta.

En tanto Cobián, el inenarrable Cobián, que cada día posee más acentuada la curva de la felicidad, se pasea por las islas Canarias, admirando el paisaje y la vegetación.



Los buenos canarios, que se pasan la vida, como es natural, piando porque se les haga caso, le han dicho:

—Mire V. E., señor ministro, cómo están estos puertos y estas costas...

—Es verdad—contestó Cobián,—son muy bonitas, y de buena gana me haría aquí otro hotel para pasar el invierno, como el que tengo en Cercedilla para el verano.

—No; si decimos a V. E. que estas costas están indefensas.

—¡Anda! no se preocupen ustedes. Más indefensos, pero mucho más, estamos nosotros los villaverdistas, y sin embargo mire usted...

Y al decir mire usted, se daba dos golpecitos en la curva de la felicidad.

El desastre de la carrera de barcos automóviles (*canoas*, como decimos varios colegas traduciendo la palabra *canot*) ha causado honda y terrible aprensión en el seno de Villaverde y de los villaverdistas.

Los cuales no pueden menos de comparar la situación de D. Raimundo con la de la intrépida automovilista Mad. Du Gast, salvo el sexo y la circunstancia de



hallarse el presidente mucho más embarazado que dicha hermosa *sportwoman*.

Los admiradores incondicionales de Villaverde ya le vemos, como quien dice, pronto a meterse en la *canoas* para el 14 de Junio.

Y si las canoas de veras han naufragado en una de esas inverosímiles tempestades del Mediterráneo, lo que es la *canoas* villaverdistas no resiste ni una escupitina de Maura.

Porque es lo que dirá éste:

—Arboles más recios han caído... y era sólo para dar vistas a unos solares.

Entre Nakens y otros cuantos pincharon de tal manera a D. Nicolás, que el viejo ex tenor de la República se vió



obligado a largar una vez más el do de pecho, si bien de falsete y a fuerza de engolar la voz.

—¿Qué le parece a usted de Salmorón?—preguntamos a uno de esos republicanos filarmónicos que siguen llamando *La Opera* al teatro Real.

—Me recuerda—nos contestó—los últimos años de Tamberlick, cuando le hacían cantar el *credo* del *Poliuto* después de un banquete radical.

Y, en efecto, el mitin consabido, perdonennos los interesados, nos pareció del género Donizetti, ó del género Bellini, ó del Verdi de la primera época.

Amigos republicanos, el respetable público pide Wagner.

Con no entenderlo así, están ustedes haciendo el peor papel de todos.

El de Aranas de la política.

Como la cosa se verificó en el Frontón Central, se hicieron con este motivo varios chistes fáciles, propios para regocijar a los apreciables isidros que nos inundan.

—¿Quién juega hoy?—preguntaba un ciudadano.

—Morayta y Blasco Ibáñez.

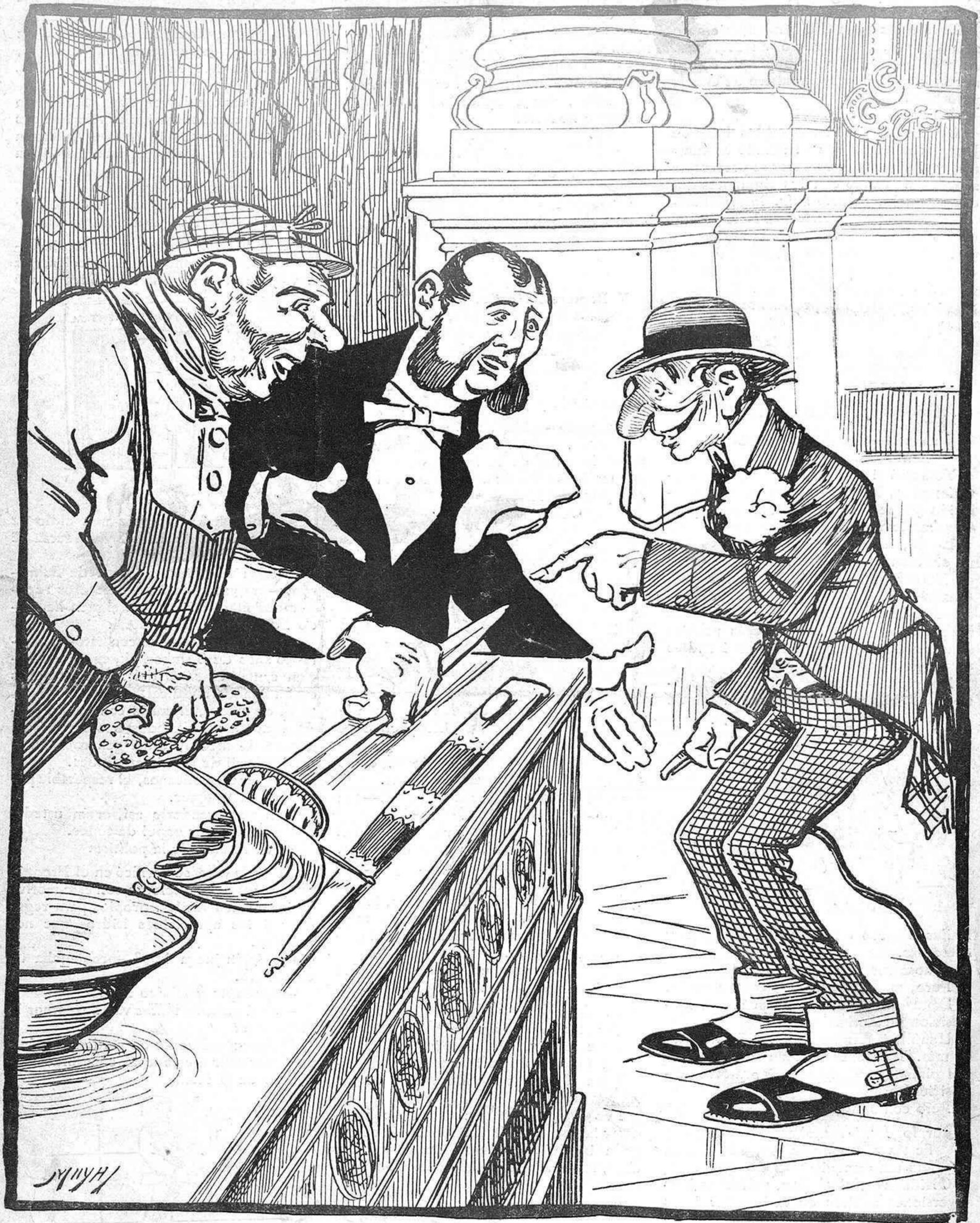
—¿Y a cuántos tantos van a traernos la República?

Hubo un momento de verdadero pánico al ver salir a escape al consabido muchacho de la cesta.



—¿Qué hay, qué ocurre?—preguntaban algunos espectadores de buena fe.

—Lo peor que podía ocurrir: que se han acabado las pelotas.



LA FAMOSA FLORENTINA

GEDEÓN.—¿QUÉ, LES HA MANDADO Á USTEDES D. PACO QUE LIMPIEN LA DAGA MEMORABLE PARA VOLVER Á HACER USO DE ELLA?
LOS CRIADOS.—SÍ, SEÑOR GEDEÓN; PERO LO MALO ES QUE TAMBIÉN NOS HA MANDADO LIMPIAR LA VAINA.